

RESEÑA

Pedro Rueda, *Libros e imprentas en Andalucía. Una breve historia cultural*, Comares, Granada, 2022, 238 pp. ISBN: 9788413693163.

ARANTXA LLÀCER MARTORELL (Universitat Autònoma de Barcelona)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.566>>

Si hay una tradición en la historia del libro peninsular que ha suscitado más interrogantes a los investigadores, seguramente sea la de Andalucía. Y es que este territorio, desde la aparición de la primera imprenta en Sevilla, fue evolucionando aprovechando casuísticas como la distancia con la Corte, que había de revisar la legalidad de los impresos o el potencial de convertirse en el punto principal que conectaba los negocios de mercancías con el Nuevo Mundo. A pesar de las dificultades, uno de los investigadores que ha dedicado más esfuerzos y ha cosechado más éxitos en lo que se refiere al conocimiento de diferentes aspectos de la historia del libro andaluz es, sin lugar a dudas, Pedro Rueda. En *Libros e imprentas en Andalucía. Una breve historia cultural* el autor hace una selección de sus estudios, publicados en formato de artículo entre 2006 y 2021 en la revista *Andalucía en la Historia*.

Abre el volumen un breve prólogo de Manuel Peña en el que este repasa la trayectoria de Rueda, para luego dar paso a una introducción y a la selección de textos del autor. Los catorce artículos que conforman esta obra se dividen, atendiendo a una cuestión temática, en cinco bloques: «Impresos para todos», «Imprentas», «El libro en circulación», «Bibliotecas» y «Un patrimonio disperso». A continuación encontramos la bibliografía, índice onomástico y de lugares, la lista de las figuras que ilustran algunos artículos y, finalmente, la procedencia de los textos que constituyen el volumen, que, como indica el autor, han sido revisados para la ocasión.

Antes de ahondar en los contenidos de cada bloque nos parece interesante destacar dos aspectos importantes en lo que respecta a los temas tratados: la crono-

logía y el alcance geográfico. Si bien el autor tiene predilección por las primeras centurias de la historia de la imprenta —entendamos aquí sus iniciales andaduras en Sevilla a finales del siglo xv y los siglos posteriores—, lo que encontrará el lector en la obra será un entretenido recorrido por la historia del libro andaluz que llega hasta el siglo xx. Algo semejante pasa con el alcance geográfico: partiendo una vez más de Andalucía, Rueda nos hace viajar a Latinoamérica, a Estados Unidos, a Italia o a Reino Unido, porque en todos estos lugares encontramos piezas importantes para el propósito del autor: presentarnos una imagen completa de los agentes y obras que conforman la historia del libro en Andalucía a lo largo del tiempo. Nos hablará, por lo tanto, de autores, de mercaderes, de libreros, de las aduanas, de bibliotecas, de manuscritos y de un largo etcétera de elementos imprescindibles para visualizar esta historia por completo y con toda su complejidad.

La empresa que se propone el investigador comienza con los impresos de mayor difusión. En el primer bloque del libro nos describe la producción de efímeros entre los siglos xvi y xviii que contenían noticias que contribuyeron a la creación de una esfera pública, transmitían una ideología o servían para ensalzar personas u organismos. También dedica aquí un espacio a las cartillas, impresos de poca envergadura que servían para aprender a leer y escribir o transmitir los valores cristianos o para hacerse con alguna destreza matemática básica. Ambas tipologías, las noticias y las cartillas —conocidas comúnmente como *menudencias*—, eran el tipo de producto impreso que los obradores producían masivamente y que se consumían también en grandes cantidades.

El segundo bloque de artículos tiene como elemento común la imprenta. Este invento, que revolucionó la cultura escrita en muchos aspectos, favoreció la transformación de la letra en un negocio del que muchos oficios sacaban su parte, y también agudizó el ingenio para crear o mudar un producto ya existente en una cosa nueva o diferente. Rueda describe, entre otros, los diferentes roles vinculados al mercado del libro desde el siglo xv y cómo fueron transformándose con la evolución del negocio editorial. Por ejemplo, inicialmente la incursión de los tipos móviles desplazó una parte de los copistas a otros oficios como el de librero. También nos habla del rol de los distribuidores y vendedores en Nueva España y de las muchas cajas de libros que les llegaban intentando copar un nuevo mercado; o del rol de los libreros sevillanos, que crearon catálogos de libros a modo de reclamo comercial y que serían imitados, ya en el siglo xviii, por los libreros de Cádiz. También fueron los libreros los artífices

de enviar a Latinoamérica ejemplares del *Quijote* en los que combinaban varias ediciones con el fin de dar salida a su *stock*, o de la venta de ediciones apócrifas de esta y otras obras con el único objetivo de liquidar sus existencias.

El autor también pone el foco de atención en otro fenómeno importante, el de las ediciones piratas y contrahechas de obras de éxito, cuya creación y circulación en Andalucía se veía favorecida por la distancia geográfica con la Corte. La publicación de estas, al margen del aparato legal pero simulando contar con todos los permisos, suponía una alta competencia para aquellas otras que habían pasado por los procesos para conseguir la licencia de impresión o incluso el privilegio, llegando a dinamitar proyectos editoriales como el de las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes. En este mismo apartado Rueda reserva un espacio para situar la presencia de Lope de Vega en Sevilla y la huella de Sevilla en Lope de Vega. La breve estancia del Fénix entre 1603 y 1604 se puede seguir en varios elementos clave: la inspiración para la redacción de obras, la dedicatoria en las *Rimas* y la rapidez con la que las publicaciones de Lope hechas en tierras andaluzas, cuyas imprentas — explica Rueda— el Fénix debió de conocer bien, viajaron a Latinoamérica. Para cerrar este segundo bloque de artículos el investigador nos presenta un pequeño tesoro: el de los catálogos de venta de libros que los libreros andaluces publicaron durante el siglo xvii. Estos se imprimían pensando en la demanda en Andalucía y en los territorios americanos de la corona hispánica, y proporcionan una fuente interesantísima para la investigación. En ellos se puede saber qué libros se destinaban a este mercado recién estrenado, pero también cuáles eran las novedades publicadas en Europa. Normalmente aparecen títulos de libros teológicos, jurídicos, científicos, humanísticos y, como una categoría en sí misma, algunas veces encontraremos un apartado dedicado a las comedias, un claro ejemplo del éxito del teatro del Siglo de Oro. Desgraciadamente estamos frente a un tipo de documento cuya vida material es muy breve, conectando con las características de las menudencias, y no nos han llegado tantos testimonios como cualquier interesado en cultura material libresca desearía.

El tercer bloque de artículos, dedicado al libro en circulación, nos conecta con uno de los temas a los que Pedro Rueda ha dedicado más esfuerzos a lo largo de su recorrido: la circulación de libros desde su lugar de confección hacia diversos puntos de la geografía, en un sentido amplio. Y es que, como el mismo autor expone, «el libro impreso en circulación a través de las redes comerciales europeas fue uno de los

fenómenos más interesantes y de mayor importancia del mundo moderno» (p. 78). A ello dedica el artículo «Don Quijote, de Andalucía a las Indias» (pp. 81-91) en el que explica cómo, aunque no queda ningún ejemplar en las bibliotecas latinoamericanas de la edición príncipe de la primera parte del *Quijote*, la documentación puede determinar que se enviaron alrededor de 200 ejemplares a Nueva España y cómo, según Rueda, la ciudad de Sevilla fue clave para la distribución de los volúmenes del *Quijote* hacia Latinoamérica.

Los dos artículos restantes de este bloque siguen ocupándose de la circulación de libros pero en otro periodo, el siglo XIX y los años de la Segunda República. En ellos se abordan las acciones llevadas a cabo por la British and Foreign Bible Society para la difusión del protestantismo, vendiendo libros a través de la figura de los colportores, y sobre una de las iniciativas creadas durante la Segunda República para la difusión y promoción de la lectura: los camiones-stand. Las editoriales de la Agrupación de Editores Españoles, instituida en 1934, hacían una selección de las novedades editoriales y las hacían llegar al posible lector que vivía en zonas rurales o más alejadas de las ciudades principales gracias a este camión. El camión de libros pasó por Málaga, Cádiz o Huelva a lo largo de 1935, llegando a recorrer 57 localidades en 46 días y dejando una venta de casi 8.700 ejemplares.

Los bloques cuatro y cinco tienen propósitos diferentes: pasamos de la circulación del libro a analizar los espacios donde dichos volúmenes se reunieron temporalmente o desde donde se dispersaron años después. El cuarto apartado expone la evolución de las bibliotecas de conformar espacios privados a la llegada de iniciativas para la creación de bibliotecas públicas durante la Segunda República. En los tres artículos que forman este apartado vemos cómo con la expansión de las copias manuscritas e impresas durante la época moderna se empezaron a crear bibliotecas privadas, inicialmente con propósitos profesionalizadores. En aquellos lugares se producían encuentros o intercambios de volúmenes entre intelectuales o interesados. Las bibliotecas son, por lo tanto, un ecosistema que nos permite ver cuáles fueron los intereses de las comunidades de lectura, o cómo fueron formándose las colecciones en cada etapa y en cada lugar. En el caso andaluz, que es el que interesa a Pedro Rueda en este conjunto de artículos, es de gran interés la biblioteca de Hernando Colón, conformada por unas 15.000 obras, o las bibliotecas universitarias y conventuales. A pesar de su carácter privado, algunas veces los conventos permitían el acceso a sus fondos, aunque de una manera bastante restringida, o bien se

hacían tímidas aproximaciones a la apertura de espacios a través de propuestas particulares de mecenas o de instituciones. Pedro Rueda es capaz de reunir varios ejemplos, como el de la donación de Gaspar de Molina y Oviedo a la biblioteca del Colegio de San Acacio de Sevilla, que puso como condición la creación de una sala de consulta pública; o la iniciativa de Carlos III para crear en las casas episcopales bibliotecas públicas que permitieran consultar los libros. Rueda también se ocupa aquí de los fondos de las universidades andaluzas, destacando los casos particulares de Sevilla y Granada, pero también otros más discretos como los fondos de Huelva, Almería o Jaén. Estas bibliotecas son herederas de los colegios universitarios, cuyo patrimonio es el resultado de varias circunstancias, como donaciones, expropiación de bienes a la Iglesia, la redistribución de los fondos de las bibliotecas jesuitas, de sociedades disueltas en momentos diferentes de la historia y un largo etcétera. Como bien sabe transmitirnos el autor, los libros de todas estas bibliotecas —públicas y privadas— son el rastro, a veces incluso visible mediante las marcas de uso y de lectura, de la vida de una sociedad y de cómo esta se ocupó de difundir saberes muy diversos. Cierra este bloque el interesantísimo caso de los hermanos andaluces Pérez de Guzmán, propietarios de dos bibliotecas de mucho valor a finales del siglo XIX. Según explica el investigador, algunas de las colecciones privadas de más calidad se formaron en esta centuria como consecuencia de las circunstancias antes descritas y que hicieron que hubiera una abundante cantidad de libros antiguos en el mercado. El libro, que se había convertido en un gran negocio con la invención de la imprenta, volvía a valorizarse, monopolizando subastas en toda Europa, y viajando mucho más allá del lugar donde se había compuesto o leído las primeras veces. Como decíamos, Rueda explica que en la casa de los hermanos Pérez de Guzmán se celebraban tertulias en torno a temas literarios y políticos en los que participaron literatos, poetas, profesores, periodistas o críticos literarios, y fueron espacios donde se gestaron algunos proyectos como la revista *Archivo Hispalense* o la fundación de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces. La colección de Juan Pérez de Guzmán se dispersaría en varias ventas después de la Guerra Civil, mientras que la de su hermano, Manuel Pérez de Guzmán, fue comprada íntegramente por otro coleccionista en 1904 y cruzó el Atlántico para conformar uno de los fondos más importantes de la Hispanic Society of America, en Nueva York.

El artículo que cierra este bloque nos sirve para conectar con el último tema que se trata en *Libros e imprentas en Andalucía*, el de la dispersión del patrimonio

(pp. 167-175). Y es que conocer en profundidad qué obras conformaron el circuito impreso andaluz desde el siglo xv es un ejercicio de extrema complejidad si tenemos en cuenta todos los factores que Rueda nos ha ido exponiendo en los bloques anteriores: impresos de poca entidad que desaparecen, ediciones contrahechas o piratas, baúles de ejemplares que viajan por la Carrera de Indias hasta Latinoamérica, bibliotecas privadas de acceso restringido, desamortizaciones y coleccionistas privados que compran ejemplares y los trasladan de un lugar a otro... A ello Rueda añade una situación más: la de los expolios producto de un conflicto armado como el de Cádiz en 1596. Fruto de las difíciles relaciones anglo-españolas a finales del xvi derivadas del debate religioso, algunas obras gaditanas pasaron a manos británicas a finales de aquel siglo y no han regresado al lugar donde fueron escritas o impresas. Es así cómo podemos explicar la presencia de al menos treinta volúmenes de los jesuitas de Cádiz conservados en la actualidad en la biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford, en las que aún hoy podemos ver las inscripciones que confirman que los volúmenes fueron extraídos de la ciudad gaditana. Producto de un proceso de composición diferente, pero con resultados más o menos semejantes, es el caso de la John Carter Brown Library en Providence. Su propietario, John Carter Brown, creó una amplia colección de libros cuyo nexo era temático: América. En ella se podrán encontrar una gran cantidad de obras impresas en Andalucía que abordaron este tema desde puntos de vista muy diferentes: libros para compartir conocimientos como el de Gonzalo de las Casas, libros de viajes y crónicas de temática americana, noticias, discursos y sermones pensados para el proceso de evangelización de Nueva España. Se suman a esta amalgama los textos publicados en Latinoamérica pero de temática andaluza, especialmente noticias breves que trataban sobre acontecimientos puntuales o en las que se reclamaba justicia ante un conflicto determinado. En conjunto estamos hablando, según las indicaciones de Pedro Rueda (p. 188), de más de 45.000 libros y 20.000 obras de referencia accesibles a los usuarios mediante exposiciones, catálogos y algunas reproducciones en línea, además de su consulta presencial en la Universidad de Brown.

El último condicionante que ha comportado la dispersión de la producción andaluza y que Rueda expone en este volumen es el de las autoridades que se desplazaron a enclaves de Nueva España para ejercer algún cargo y acumularon allá volúmenes, o el de los negocios de algunas imprentas andaluzas que se encargaron de poner en letra de molde textos elaborados, por ejemplo, en Puebla de los Ángeles, y

que posteriormente se enviaban a América para su distribución (un fenómeno que Rueda describe como «saberes compartidos»). En este sentido es ampliamente conocido el caso de la biblioteca Palafoxiana, que debe su nombre a su promotor, Juan de Palafox. Palafox llegaba en 1640 a México para hacerse cargo del obispado de Puebla y seis años después donó su colección privada de unos 5.000 volúmenes al Colegio de San Pedro con el objetivo de que estuvieran a disposición de los estudiantes. Allá se pueden encontrar bastantes casos de textos exportados de Andalucía a América y que se incorporaron a la Biblioteca, pero Rueda destaca que el flujo de circulación también se dio en el sentido contrario: textos elaborados en Puebla que se distribuyeron en Andalucía o incluso que se reeditaron en tierras andaluzas.

Llegados a este punto merece la pena recordar cuál era el propósito de Rueda en *Libros e imprentas en Andalucía*: dar una imagen completa de los agentes y obras que conforman la historia del libro en Andalucía a lo largo del tiempo. A nuestro parecer el autor no solo cumple su objetivo, sino que demuestra una gran capacidad para tratar temas de investigación complejos y los transmite al lector más o menos experto de una manera ordenada y clara. Es muy remarcable, además, cómo Rueda selecciona para nosotros una lista de casos concretos, con nombres y apellidos, que convierten la teoría en la historia de alguien y nos sumergen en sus conocimientos como investigador reputado en este campo: el fundador de la Orden Hospitalaria en Granada Juan de Dios, el jesuita Juan de Santiago, que llevaba consigo estampas y devocionarios que repartía entre los niños pobres y gentes trabajadoras; la dedicatoria de Lope a Ángela de Vernegali o los negocios de Juan Esteban Gilés entre Sevilla y América; las ventas de Diego Crancer; las iniciativas del malagueño Rafael Giménez Siles; o la colección de la familia Salvá. Y es que, si en algún momento de la lectura podríamos pensar que Rueda nos deja migas de pan para que sigamos el camino de sus investigaciones, la realidad es que su libro nos proporciona mucho más. Es justamente el detalle y la claridad con que se dibuja cada proceso y cada hecho lo que puede captar tanto la atención del curioso aunque neófito lector como la del investigador que ya conoce alguno de los muchos aspectos que Rueda aborda en *Libros e imprentas en Andalucía. Una breve historia cultural*.